



MADARIAGA ORBEA, Juan
Anthology of Apologists and Detractors of the Basque Language
Reno : University of Nevada, Center for Basques Studies
(Basque Classics Series, 2). – 2006. – 703 p. ; 23 cm.
– ISBN: 978-1-8778-0263-8.

Lenguas: entre mitos, ideologías y ciencia.
El caso del euskera (siglos XVI-XIX)

1. Al reseñar la obra que nos ocupará en las páginas que siguen, no puedo menos de recordar, de entrada, que el origen y la naturaleza del lenguaje, las razones de la multiplicidad de las lenguas y las relaciones que han mediado o median entre ellas son cuestiones que han suscitado, con frecuencia, vivos debates entre los estudiosos o lingüistas de todos los tiempos¹.

También las leyendas populares se han hecho eco de ese interés acerca de los idiomas de los pueblos. Los mitos u opiniones sobre los orígenes de los mismos, o acerca de su valor sagrado, nobleza, gramaticalidad o utilidad práctica han llegado en ocasiones hasta nuestros días. La historia social de las lenguas ofrece, igualmente, muestras de cómo se han desarrollado múltiples ideologías en torno a las lenguas².

Las comunidades de lengua, en particular aquellas en contacto con otras, no se han sentido indiferentes ante la posible alternativa de salvaguardar y difundir el propio idioma, o bien aceptar, preferir o sustituirlo por otro, y han dado lugar a actitudes y mentalidades que condicionaron el devenir de sus historias sociolingüísticas.

La historia de la lengua vasca no ha sido extraña a estos procesos de valoración –positiva o negativa– tanto por parte de los hablantes propios como de los ajenos, como de estudiosos, autóctonos o advenedizos. Desde el Renacimiento a nuestros días, la relativamente extensa literatura al respecto ha permitido presentar alguna visión de conjunto y estudios más acotados de las ideas con que se ha mirado la singularidad de la lengua vasca³.

1. ROBINS, R.H. (2000): *Breve Historia de la Lingüística*. Barcelona: Crítica; pp. 38-40, 144-146, 190-196.

2. BORST, A. (1995 [1957-1963]): *Der Turmbau von Babel*. München: DTV; *passim*.

3. TOVAR, A. (1980): *Mitología e ideología sobre la lengua vasca*. Madrid: Alianza Editorial. Una monografía de especial interés histórico puede ser, por ejemplo: ZUBIAUR, J.R. (1990): *Las ideas lingüísticas vascas en el siglo XVI (Zaldibia, Garibay, Poza)*. San Sebastián: Universidad de Deusto.

Sin embargo, hasta el presente hemos carecido de una extensa y cuidada selección de textos que mostrara, con la amplitud deseable, la historia de las ideas que propios y extraños hubieran vertido sobre el vascuence. Por ello, puede ser conveniente un toque de atención sobre la publicación que la Universidad de Nevada (Reno), a través del Center for Basque Studies (CBS), ha puesto en nuestras manos dentro de la colección “Basque Classics Series” (2), serie que se abrió con la versión inglesa del Fuero de Bizkaia (G. Monreal) y que ahora atiende a otro de los aspectos del patrimonio cultural vasco, la lengua.

2. La *Anthology of Apologists and Detractors of the Basque Language*, del Profesor Juan Madariaga Orbea (Univ. Pública de Navarra), nos pone ante un extenso panorama (naturalmente, selectivo y sin pretensiones de exhaustividad) de interpretaciones míticas, elaboraciones ideológicas, reflexiones y valoraciones de toda índole que han ido sucediéndose aproximadamente a lo largo de tres siglos y cuarto, en una etapa crucial de la cultura vasca (1545-1876).

La obra, editada primeramente en inglés, comprende dos cuerpos de información: por una parte, una larga exposición histórica de las ideas apoloéticas que se sucedieron acerca de la lengua vasca durante el período reseñado, exposición que lleva por subtítulo “From Tubal to the *Ikastolak*: The long debate about the excellence of the Basque language during the *foral* era, 1545-1876” (pp. 17-177), y por otra, la antología textual, que, en cada caso, viene precedida por la biografía del autor y la presentación de la selección hecha: “An Anthology of Texts on the Basque Language (from sixteenth to the nineteenth centuries)” (pp. 179-648). Hay que subrayar, igualmente, la atención puesta en la bibliografía (pp. 649-677) y el índice analítico, al mismo tiempo onomástico y conceptual (pp. 679-703), que facilitarán estudios ulteriores y el acceso de consulta a los textos.

2.1. Por lo dicho queda, pues, señalado que no se trata de sólo una antología de textos, sino también de un estudio consagrado al análisis histórico e historiográfico sobre las mentalidades e ideologías que acompañaron la visión del idioma y de la sociedad a cuya auto-comprensión e imaginario coadyuvó la presencia de una lengua poco homologable como el euskera.

Esta parte referida a “From Tubal to the *Ikastolak*”, de casi doscientas páginas, es un relato y examen razonado, en el que se ha acumulado una información compacta, tratando de presentar una visión coherente del ideario foral elaborado a lo largo de la Edad Moderna, señalando en cada etapa el lugar que correspondió a la comprensión mítico-ideológica de la lengua.

Esta primera parte se ha desarrollado en doce capítulos que exponen los siguientes apartados temáticos: la lengua vasca y el imaginario (*ideological construct*) del sistema foral vasco, su proceso creador y los mitos que lo fundamentaron con atención a los de la lengua, las versiones ideológicas del tubalismo, vasco-cantabrismo y vasco-iberismo, el lugar teórico que se le asignó en las apoloéticas a cada Territorio Histórico, caracterización ideológica y social de los tratadistas que se sucedieron, lugar del euskera en la visión renacentista de las lenguas vernáculas, descripción de la situación sociolingüística del euskera en el Antiguo Régimen, referencias biográficas y aportación de escritores, propios y extraños, al ideario lingüístico-foral (1571-1640), la lengua entre herramienta pastoral y frenesí apoloético (1640-1789), las paradojas decimonónicas acerca del euskera, ante el reto del derrumbe foral y el riesgo de liquidación de la lengua.

En nuestra Edad Moderna:

la lengua se convirtió en una pieza esencial del edificio ideológico, construido a partir del siglo XVI y mantenido hasta la segunda mitad del siglo XIX, el mismo que conocemos como *sistema foral*.

Esta es la tesis básica de la introducción, bien probada a lo largo de las páginas, y explicativa también de por qué hubo tanta publicística acerca de la lengua, en tanto el cultivo literario del euskera padecía un penoso retraso.

En realidad, los “misterios” del origen y vinculaciones “genealógicas” del euskera incitaron y turbaron tanto a gentes del País como a estudiosos e interesados de fuera; de ellos se hace eco minuciosamente este prólogo de Madariaga. Además de la curiosidad por el saber, contribuyeron a ello razones e intereses sociales.

Era difícil, por ejemplo, que, en época en la que la no contaminación racial era con frecuencia “conditio sine qua non” (*limpieza de sangre*) para acceder a la hidalguía y la nobleza, y la antigüedad de origen era un aval fundamental para ello, los orígenes ignorados del euskera no vinieran a ser una pieza clave del imaginario de un sistema que se esforzó cuanto pudo por probar la hidalguía universal de los vascos, razón por la que también era inevitable la presencia simultánea de apologistas y detractores de la lengua vasca.

Había intereses en juego, y puede pensarse que los apologistas de la lengua vasca se encontraron en buena posición de partida, aunque:

desde luego, la nobleza universal de los vascos y su pretendido igualitarismo no dejó de tener siempre contraventores entre los castellanos y españoles en general.

No podía ser de otro modo, cuando en el ascenso social y el reparto de oportunidades y exenciones se privilegiaba a la nobleza, limitada ésta en Castilla y jurídicamente general para el vasco, tanto en el País como en el Imperio.

Por otra parte, el Renacimiento europeo conoció (1520-1560) el debate en pro y contra del ennoblecimiento de las lenguas vulgares (frente a las lenguas sagradas o clásicas), con el propósito de establecer firmemente los orígenes, la nobleza inherente y la normatividad greco-latina tatuada sobre cada lengua, y ello como parte del proyecto de Estados-nación, triunfantes o emergentes. En numerosos casos, aparecen en las primeras décadas del s. XVI gramáticas (la norma es índice de racionalidad e ideal clásico) y apologías, demostrativas éstas de la máxima antigüedad y nobleza de la lengua, oficial o no. Para ilustrar este empeño intelectual y político, se podrían aducir ejemplos como el de Guillaume Postel (1510-1581), referido en este caso a los orígenes célticos del francés⁴; efecto lejano de aquellas aguas hubo de ser el celtismo de A. Court de Gébelin (1773-1782) en Francia y de R. Jones en Inglaterra (1771), con métodos de trabajo que tuvieron su eco, poco después, en Astarloa (1804) y Erro (1815).

El autor se detiene para ofrecer una exposición más detallada de lo que fueron los esfuerzos prácticos del Renacimiento en pro de las lenguas vernáculas en el

4. DUBOIS, C.-G. (1972): *Celtes et Gaulois au XVI^e siècle. Le développement littéraire d'un mythe nationaliste*. Paris: Librairie Philosophique J. Vrin.

Occidente europeo (redacción de apologías y primeras gramáticas), trabajo que vino acompañado de elucubraciones sobre los orígenes, como se ha señalado.

Una vez reconocida su singularidad desde el punto de vista del *corpus*, no era el euskera el peor situado para sacar partido en aquel debate renacentista. Por aquel entonces, la historia más primigenia se ofrecía descrita en la Biblia: los orígenes primeros había que buscarlos en sus páginas. Un tópico bíblico-religioso (orígenes babélicos de ciertas lenguas), unido a etimologías vasco-armenias, ayudó sin duda a que el euskera figurara entre las 72 lenguas postbabélicas, junto al hebreo o el caldeo, por ejemplo⁵. El tubalismo tuvo camino abierto entre nosotros, para completarse con el vasco-iberismo y el vasco-cantabrismo, situando el País en los orígenes de los pueblos de la Península y en la resistencia a invasores, romanos o no. “En cualquier caso, la lengua vasca se pretende estar cercana a la hebrea y caldea, es decir, a la presuntamente primera de la Humanidad, insuflada por Dios a Adán”, escribe Madariaga.

Aunque teorías como el tubalismo nos resulten hoy tan sumamente lejanas y peregrinas, hay que decir que:

diversas comunidades europeas y desde luego españolas y portuguesas pretendían ser las originalmente pobladas por Túbal, contando con demostraciones toponímicas, históricas, lógicas, arqueológicas o de otra índole. [...]. Euskal Herria contaba con una carta probatoria demoledora: la de poseer la única lengua no romance de la Península que se suponía debía ser anterior a la llegada del latín y por lo tanto más antigua y presumiblemente la tubalina.

Ello podía situar el País Vasco y la Península en una situación privilegiada, y los detractores de tal tesis lo tenían difícil.

Si el vasco-cantabrismo tuvo sus días contados desde mediados del s. XVIII (Flórez, 1768), el vasco-iberismo, que siguió al tubalismo de aquellas raíces bíblicas, revestido ya de carácter más secular y claramente político, pudo dar superior validez a su tesis desde las primeras décadas del s. XIX, ahora con mejor bagaje científico (Humboldt, Schulten, etc.).

Con el tubalismo, vasco-iberismo o vasco-cantabrismo como telón de fondo, las diversas teorías tanto miraron a Euskal Herria en general como a cada uno de los Territorios Históricos. Los escritores en euskera como Etxepare y Axular atendieron a todo el ámbito de la lengua, y Oihenart habló de “ambas Vasconias” (a él le siguieron los Bela, Sanadon, Egiategi o Hiribarren), mientras, según autores, el cantabrismo abrazaba las tierras desde Asturias al Pirineo con Navarra (Etxabe, Luzuriaga), o bien las que “entre otras son Guipúzcoa y Vizcaya” (Zaldibia), bien las tres Prov. Vascongadas.

A este propósito, constatamos que los Territorios Históricos dispusieron de voces propias (hijas de la Provincia, el Señorío o el Reino), acomodándose a defender en cada caso una supuesta prelación: por ejemplo, Zaldibia, que “es el modelo más acabado de tratadista al servicio de los intereses guipuzcoanos en un sentido pro-castellano y anti-navarro”, habló de Gipuzkoa, o Navarra fue ensalzada con particular preferencia en las plumas de Sada y Agramont.

5. ECO, U. (1993⁴): *La ricerca de la lingua perfetta*. Roma-Bari: Editori Laterza.

Este imaginario mítico vasco fue matizándose en cada autor, desde Garibay o Poza hasta Astarloa o Erro, con momentos señalados (por ejemplo, en Larramendi), y se desarrolló en cuatro etapas sucesivas. Madariaga ofrece la siguiente periodización de la historia de la apologística del euskera: entre 1570 y 1640 se fragua la teoría con abundantes y definitivas aportaciones, en una etapa en que los Territorios consolidan su cuerpo institucional político; entre 1640-1750, autores menores dan continuidad a lo ya establecido o combatido, sin aportaciones novedosas; entre 1750-1804 se reformula la teoría con exposiciones más acordes con los intereses del momento, tanto eclesiásticos como de laicos “en sus versiones burguesa, nobiliaria y popular (Peñaflorida, Olaso, Foronda), pero compartiendo todas una visión modernizadora del País”, y entre 1835 y 1898, viene la sustitución del paradigma moderno por otro nacional y romántico, con las voces de Xaho y los legendistas (Ara-kistain, Trueba, V. Arana, Landa, Iturralde y Suit), valorándose la oralidad y la sabiduría de la memoria popular.

En ese proceso progresivo que se extiende a lo largo de la Edad Moderna y parte de la Contemporánea, “de una parte habría que considerar los tratadistas forales, en su mayor parte laicos, pertenecientes a la clase urbana burocrática, que escriben preferentemente en castellano y dirigen sus textos al exterior del País, y de otra, los escritores en lengua vasca, mayoritariamente clérigos, que dirigen sus escritos al consumo interno”, nos dice el autor.

A juicio de Madariaga, los tratadistas que ponen las bases ideológicas y teóricas para crear el imaginario vasco moderno serían Garibay y Poza, más tarde Oiher-nart y finalmente Larramendi; de ese modo, Astarloa o Mogel resultarían los epígonos de un ciclo ya cerrado, en vísperas de un pensamiento post-foral pre-nacionalista, abierto en este caso por W. Humboldt y Xaho, y cerrado por la Asociación Eúskara de Navarra.

Al tiempo que el autor nos lleva al conocimiento de ideas e ideologías lingüísticas, nos ofrece también una breve exposición sobre el estado y proceso de cambios socio-lingüísticos de Euskal Herria a lo largo de los tres siglos y medio contemplados. Es un capítulo esclarecedor, útil sobre todo para los lectores anglosajones a los que se dirige la edición presente.

Son de agradecer las síntesis presentadas del pensamiento de cada autor, de forma individualizada (Zaldibia, Garibay, Poza, Etxabe, Oiher-nart, Luzuriaga, Moret, Etxeberri, Larramendi, etc.), sin olvidar una nota más breve, pero significativa, en relación con escritores no vascos que aludieron a la lengua vasca, u ofrecieron para el castellano ideas similares a las de nuestros apologistas (Juan de Valdés, Mariana, Cervantes, Quevedo, P.A. Beuter).

El papel de la Iglesia en la historia del vascoence, tema que es siempre pregunta o comentario obligado, tiene su propio apartado, recordándonos firmas y obras de especial significación, y sin sustraerse de presentar una valoración crítica (ponderada, y matizable) de la obra y omisión habidas al respecto en el decurso de los siglos XVI-XIX, lo mismo que en lo alusivo a la obra de la Bascongada.

El estudio se cierra con lo que denomina “paradojas decimonónicas”, que suponen el florecimiento simultáneo de leyendas e historias apócrifas (Xaho, Arakistain) y el arranque de estudios de sesgo ya racionalista y científico (Humboldt, Francisque Michel), fruto de la nueva afirmación política de las identidades lingüísticas nacionalistas, tras las guerras napoleónicas y carlistas.

En las horas finales del Antiguo Régimen y primeras post-revolucionarias, el nuevo Estado liberal abordó ya expresamente temas de política lingüística (Abate Grégoire) o actuó de forma efectiva en ese ámbito, oficializando presencias y organizando ausencias, con la marginación de las lenguas minoritarias. Euskal Herria se ve abocada a dar respuesta a una propuesta de política sociolingüística que generará una nueva reflexión para las resistencias y respuestas autóctonas que van a ir naciendo: Asociación Eúskara, Enseñanza bilingüe, Fiestas Eúskaras, organismos de gestión social e institucional de la lengua, Academia Vasca, etc.

Ésta es la exposición, densa y trabajada, con que el autor presenta la historia secular del pensamiento lingüístico de apologistas y detractores del euskera, de ideólogos y científicos, de propios y extraños; es el pórtico con que el lector cuenta, antes de adentrarse en la lectura directa de la antología.

2.2. La parte antológica (*An Anthology of the Texts on the Basque Language*) reúne textos de 69 autores, desde la fecha de la aparición del primer libro vasco (Etxepare, 1545) hasta la abolición del sistema foral, después de la última guerra carlista (1876), en realidad hasta 1880. Hay dos autores anónimos, uno es corporativo (la Bascongada) y el resto queda individualmente identificado.

Los textos seleccionados corresponden a 7 autores del siglo XVI, a 15 del s. XVII, a 11 del XVIII y a 36 del s. XIX; o, si se prefiere clasificarlos de acuerdo con la periodización del propio antólogo, podemos constatar que 16 pertenecen a la primera etapa (años 1545-1640), 9 a la segunda (años 1641-1750), 14 a la tercera (1750-1804) y, finalmente, 31 a la última (1805-1879).

Aunque la apariencia cuantitativa pueda sugerir un peso informativo manifiestamente superior en el siglo final de la historia antologizada, se hace necesario constatar que casi todos los textos cronológicamente primeros tienen carácter de fundadores: en ellos se fijó la visión de la lengua que la apologetica posterior intentó reafirmar y reformular; por lo mismo, Zaldibia, Garibay, Poza o Etxabe vienen a ser padres fundadores de una interpretación que será heredada, reformada y ampliada en su momento por las generaciones posteriores (recuérdese la obra de Larramendi). Son pocos pero fundamentales.

Por razón de su peso histórico o el interés innovador de sus ideas, algunos autores disponen en la obra de un espacio particularmente amplio. Tal sucede con Poza, Etxabe, Isasti, Agramont, Moret, Larramendi, Hervás, Mogel, Traggia, Garat, Astarloa, Humboldt, Erro e Iturriaga. Sin embargo, puede llamarse la atención sobre algunos textos más breves pero especialmente enjundiosos: Beriain, Barère, Grégoire, Garat, Barbagero, o Xaho, etc.

La presencia de los autores por países y Territorios Históricos merece también una nota de atención: obviamente, la mayoría de aquellos son nacidos en Euskal Herria (44), y un tercio es foráneo (23), aunque puedan necesitar epígrafe aparte nombres como G. Henao (vallisoletano "avecindado" en Bizkaia), A. Abadia (irlandés de nacimiento, mas vasco de origen y vida) o Jausoro (vasco de nacimiento, pero madrileño de vida y residencia).

Entre las firmas forasteras podemos encontrar nombres de muy diverso carácter: están Pierre de Lancre, magistrado encargado de la represión de la brujería (1610), un gallego, el Conde de Lemos, presidente del Consejo de Indias y Virrey de Nápoles (1620); un autor de comedias, granadino, Cubillo de Alarcón (1654); la viajera, corte-

sana y escritora condesa de Aulnoy (1679); nombres de abolengo histórico-literario como J. de Mariana (1592), el Padre Isla (1768) o Víctor Hugo (1843); algunos nombres ilustres en la historia de la Lingüística, como L. Hervás y Panduro (1804), G. Mayans y Siscar (1737), W. von Humboldt (1801, 1821), o no tan ilustre como F. Lecluse (1826), sin que falte algún estudioso de pluma agradecida, como J. Traggia de Sto. Domingo o J.A. Conde (1802); un escritor-editor e intelectual en verdad polifacético, como Francisque Michel (1857); un geógrafo que hizo escuela, E. Reclus (1867); hombres públicos que dejaron huella en la política, y más precisamente en la política lingüística, como H. Grégoire y B. Barère de Vieuzac (1794) y A. Cánovas del Castillo (1873), junto a los que hace buena figura el que había de ser político carlista, J.B. Erro, en este caso hijo del País (1807, 1815).

Los nativos del País provienen de Territorios distintos: están los *navarros* B. Etxepare (1545), J. de Beriain (1625), J. Sada Amezketa (1628), Axular (1643), P. de Agramont (1633), J. Moret (1766), J. Yanguas y Miranda (1832, 1840); entre los *vizcaínos* hay que contar a P. de Madariaga (1565), M. de Alonsotegi (1577), al Licenciado Poza (1587), al autor de *El tordo vizcaíno* (¿Henao?), al historiador J.R. Iturriza (1782-85), a J.A. Mogel (1802), al durangués P.P. Astarloa (1803), a J.A. Zamakola (1822), al predicador y polemista Prai Bartolomé (1826), al herrero-veterinario alavés-abandotarra J.P. de Ulibarri (1820), al laureado poeta otxandiarra Arrese Beitia (1880).

Aunque es claro que la selección no se ha hecho sobre la base de una representación territorial, además de Navarra y Bizkaia, hay que constatar que también otros Territorios están aquí representados. Los autores *guipuzcoanos* tienen una notable presencia: J. Mz. de Zaldibia (1560) y E. de Garibay y Zamalloa (1571) son autores de primer orden, en este contexto antológico, y a ellos siguen B. Etxabe (1607) y L. Mz. de Isasti (1625); preclara firma de esta historia ideológica será el andoaindarra M. Larramendi (1745), al que inevitablemente sigue el predicador y retórico A. de Kardaberaz (1761); en el largo debate de las primeras décadas del s. XIX figuran el elgetarra T. de Sorrogieta (1804) y el ya mencionado Erro; llegan otros aires con A. Pascual Iturriza (1830) y J.I. Iztueta (1847), no sin que el bergarés J. Irizar y Moya nos sorprenda, al argumentar sobre la veracidad de la Biblia, a partir del euskera (1841); el bardo J.M. Iparragirre (1856), el historiador N. Soraluze (1879) y el pedagogo J.M. Eguren (1867) cierran el conjunto de estas voces guipuzcoanas.

De haber tenido que ofrecer, prioritariamente, una panorámica geográfica de las ideas lingüísticas, no cabe duda que *Álava* hubiera necesitado también de otros autores, además de J.P. Ulibarri (1820). *Iparralde* aporta escritores pioneros: el bajo-navarro B. Etxepare (1545), desde luego, sin que fácilmente se pueda olvidar al "labortano" Axular (1643); en otro contexto de proyectos políticos llega D.J. Garat (1802, 1806), mientras en D. Lahetjuzan (1808) o P. d'Iharce de Bidassouet (1825) suenan aún viejas voces perdidas en el pasado, y J.P. Darrigol nos anticipa ideas sobre una Academia y una reforma ortográfica (1832, 1840), tema éste último que preocupará también al poeta J.M. Hiribarren (1853). Sin olvidar a V.B. Derrecagaix (1876) y su fundamentación de la personalidad vasca en lengua-carácter étnico-territorio, las firmas de la Euskal Herria continental se cierran con nombres de mayor entidad: el suletino A. Xaho (1847), como ideólogo, visionario y anticipador político, el vasco-irlandés A. Abadía (1836), promotor empeñoso de Euskal Jaiak (1853), y el capitán J.P. Duvoisin, escritor-traductor indesmayable (1866).

Hay que señalar, igualmente, la aportación de la historiografía vasca a esta antología, ya que muchos de nuestros historiadores clásicos contribuyen a enriquecer esta muestra; me abstengo de citarlos nominalmente, por no caer en repeticiones inútiles.

En la antología puede constatarse la presencia de 15 escritores euskéricos: Etxepare, Beriain, Axular, Oihenart, Larramendi, Kardaberaz, Astarloa, Prai Bartolomé, Iztueta, Ulibarri, Iturriaga, Hiribarren, Duvoisin, Iparragirre y Arrese Beitia: tan sólo un 22% de los autores seleccionados. Este dato no debe extrañarnos, creo, ya que, como indica el editor de los textos, las Apologías se escribieron, fundamentalmente, para el exterior y en otras lenguas, no en euskera; es claro que una antología de textos sobre el euskera (tarea, sin duda, más amplia que la abordada en la publicación aquí comentada) exigiría otro tipo de selección.

Finalmente, bueno será recordar el perfil de los autores recogidos en las páginas de esta obra, descrito por Madariaga en el capítulo 6 de su larga introducción: "The Ideological and Social Formation of the Theorists of the Modern Basque Mythical Construct". Entre los teóricos vascos de la lengua en la Edad Moderna, Madariaga recuerda el origen familiar, la formación académica, la profesión y los cargos que han podido detentar los autores, así como su vinculación al País y las razones de su interés por la lengua, aunque nuestros conocimientos actuales de sus biografías no carecen de oscuridades y penumbras informativas, comenzando desde el primero, Etxepare, hasta el último, Jausoro.

Los clásicos primeros, más clásicos (es decir, Zaldibia, Garibay, Poza, Etxabe), no eran eclesiásticos, como tampoco lo fueron los que les siguieron inmediatamente (Madariaga, De Lancre, Sada, Agramont, Oihenart), pero no faltaron algunos eclesiásticos clave: Etxepare, Axular e Isasti, y con proyección más humilde, Alonsotegi a la hora de las primeras afirmaciones (1577).

En el colectivo contemplado para los s. XVI-XVII, los juristas se reiteran una y otra vez, algunos serán escribanos, y casi indefectiblemente ejercerán cargos públicos, locales o provinciales, y bastantes de ellos ocuparán puestos en la Administración de la Corona, bien en la Península, bien en los dominios europeos, particularmente en Flandes. Las Chancillerías de Valladolid o Granada no les resultarán extrañas a unos pocos. El magisterio o las escribanías serán funciones frecuentes entre estos apologistas. Curiosamente, hay que recordar dos pintores, Mendieta y Etxabe, que se cuidaron también de la lengua. En términos generales, los escritores de la etapa de los Austrias provienen de las clases altas urbanas, que bien se hacen cargo de tareas públicas locales, o que siguen una carrera administrativa de mayores vuelos, con frecuencia en la Corte, a veces con prestigiada vitola cultural y social. Unos pocos hombres de Iglesia, como Isasti o Henao, merecen un subrayado particular, junto a escritores en euskera ya mencionados.

Los dos siglos siguientes y limitándonos a los escritores nativos (s. XVIII-XIX), el cuadro de los mismos se nos presenta con otros rasgos. Son treinta las firmas vascas recogidas durante las dos centurias. Apenas vemos funcionarios de la Administración (Perochegui), no falta algún que otro político, que ya he nombrado, y los hombres ligados al poder actúan, casi exclusivamente, dentro de Euskal Herria. El peso mayor corresponde a gente de la cultura, civil o eclesiástica. Estos últimos alcanzan un protagonismo manifiesto, no sólo como apologistas, sino también como escritores, o como gramáticos y lexicógrafos del euskera. Hay alguna figura señora que hubiera sido incomprensible en los dos siglos anteriores y fue excepcional aun en su propia generación (Abadía).

En general, en los siglos estudiados (s. XVI-XIX), los apologistas vascos representan intereses corporativos, familiares, de linaje o personales, y argumentan al servicio de los mismos; el mecenazgo y los encargos oficiales los condicionan con frecuencia, recuerda Madariaga. Y, sobre todo, escriben para la "exportación": para la Corte y las clases dirigidas castellanas, y ciertamente para la diáspora vasca.

3. Con *Anthology of Apologists and Detractors of the Basque Language* estamos ante una obra que viene a ofrecer una amplia y creo que fiel panorámica de lo que han sido el ideario e imaginario apologísticos de nuestras clases dirigentes en torno a la lengua, al servicio de intereses y necesidades de la sociedad vasca de la Edad Moderna, con el contrapunto (generalmente, exterior) de la obra de los detractores del euskera, a veces espíritus críticos leales (Mayans, Flórez), a veces servidores igualmente de otros intereses (Traggia, Conde).

La obra se ciñe a la “apología” y a la “detracción”, en un esfuerzo fecundo por esclarecer nuestra historia, a la luz de nuestra propia sociedad y de los contextos históricos sucesivos en los que hubo de desenvolverse. Creo que, en modo alguno, debe entenderse que Madariaga ofrezca en su obra lo que podríamos denominar como “historia de las mentalidades, actitudes y pensamiento de la comunidad vascofona” respecto de su lengua, aunque también en esa historia más general incidió la apologística. En ese sentido, queda trabajo por hacer.

Un valor reconocible en las páginas de Madariaga es no sólo la presentación, sino también el concienzudo examen del pensamiento de apologistas y detractores, inserto él tanto en la sociedad de cada etapa, como en la cadena de la tradición, en sucesivas versiones renovadas o innovadas. Dada la visión global de la apologística que nos ofrece, la obra de Madariaga nos sitúa ya en un nuevo estadio en cuanto a nuestros conocimientos en este campo.

Si esa inserción en la propia historia vasca es importante, no puede menos de agradecerse igualmente el empeño que muestra por dar al caso vasco un contexto de otros pueblos, lenguas y comunidades “mitómanas”. Esto queda apuntado en más de una ocasión, y necesitará también en el futuro incluso un más amplio desarrollo. En todo caso, se dice lo suficiente para que sepamos que la singularidad vasca al respecto no es tan singular, y responde a realidades bien terrestres y generalizadas.

Seguramente no estará de más un examen, más expreso aun, en orden a conocer mejor los orígenes de nuestra apologística, en una coyuntura histórica en la que la “pureza de sangre” (A. Sicroff), la hidalguía y el honor castellanos (A. Domínguez Ortiz) o la hidalguía universal vasca (S. Truchuelo) condicionaron directamente las actitudes y el interés por la lengua.

Presentada aquí la edición inglesa de la obra, a la que deseo el mejor éxito en el mundo académico internacional, habría que pedir al autor y a los editores una edición castellana para estudiosos más próximos. Y me atrevo a sugerir que un resumen reducido y de fácil lectura en euskera no estará de más, ya que serviría para un público lector interesado e implicado en las tareas de normalización del euskera. Puede ser una lección esclarecedora de Historia.

Joseba Intxausti Rekondo